

Sin barreras lingüísticas en el aula. La universidad argentina como escenario del multiculturalismo

Florencia Bustingorry (*)

Resumen: Este trabajo tiene como objetivo abordar la construcción de relaciones de comunicación en contextos áulicos, concibiendo a éstos últimos como instancias en las que se establecen relaciones entre sujetos diversos. El aula se constituye en un escenario en el que se articula la diferencia, que por momentos es opacada o evidenciada.

Actualmente se está viviendo en la universidad argentina un contexto en el que se está internacionalizando cada vez más la composición de los grupos, esta situación conduce tanto a una diversificación en el uso de la lengua, como a la producción de “ruidos” específicos en la comunicación. La gran variedad se hace evidente, ahora, en el uso y apropiación del castellano por parte de estudiantes extranjeros, tanto hispanohablantes como de otras lenguas.

Se parte de considerar a actos de palabra desde la perspectiva de Pierre Bourdieu (1985) como una acción, un encuentro de series causales independientes: por un lado las disposiciones del *habitus* lingüístico y una cierta capacidad de hablar definida como capacidad lingüística y como capacidad social, por otro las estructuras del mercado lingüístico que se le imponen al sujeto como un sistema de sanciones. Interesa analizar la articulación entre sujetos con distintos *habitus lingüísticos* en situaciones de aprendizaje.

Palabras claves: relaciones de comunicación - diversificación en el uso de la lengua - *habitus* lingüístico.

[Resúmenes en inglés y portugués y currículum en la página 67]

Introducción

El objetivo de este trabajo es reflexionar acerca del proceso de construcción de relaciones de comunicación en contextos áulicos. Concebimos a estos últimos como instancias en las que se establecen relaciones entre sujetos distintos. El aula es un escenario en el que se articula la diferencia, que en algunos momentos es opacada y en otros evidenciada.

Más allá de que la relación entre un alumnado heterogéneo es parte fundante de la dinámica de las instituciones educativas, podemos observar que actualmente se está viviendo en la universidad un contexto en el que se está internacionalizando cada vez más la composición de los grupos; esta situación conduce tanto a una diversificación en el uso de la lengua, como a la producción de “ruidos” específicos en la comunicación. La gran variedad se hace evidente en el uso y apropiación del castellano por parte de estudiantes extranjeros, tanto hispanohablantes como de otras lenguas.

Se parte de considerar a actos de palabra desde la perspectiva de Pierre Bourdieu (1985) como una acción, un encuentro de series causales independientes: por un lado las disposiciones del *habitus* lingüístico y una cierta capacidad de hablar definida como capacidad lingüística y como capacidad

social, por otro las estructuras del mercado lingüístico que se le imponen al sujeto como un sistema de sanciones. Interesa analizar, desde una instancia exploratoria, la articulación entre sujetos con distintos *habitus lingüísticos* en situaciones de aprendizaje.

La problemática que planteamos en este trabajo puede ser situada en un contexto en el que las instituciones de enseñanza universitaria argentina están en gran crecimiento. En los últimos años estos establecimientos, tanto públicos como privados, se han convertido en plazas muy deseadas por los estudiantes extranjeros de distintos orígenes geográficos, tanto hispano hablantes como de otras lenguas.

Al indagar (en forma a-sistemática) a los estudiantes extranjeros en el aula acerca del porqué de la elección de Argentina para hacer una carrera de grado, algunas de las razones esgrimidas por los jóvenes fueron: por el tipo de carrera que se cursa, la salida laboral, el título que se otorga (en algunas ocasiones no existe el título deseado en el lugar de origen), el costo de vida, la presencia de amistades o familiares en el lugar, la recomendación de estudiantes de su país que ya están en Argentina. Cuando se les pregunta, también informalmente, a través de qué medio han adquirido la información acerca de las carreras y facultades argentinas, aparecen los medios masivos de comunicación (TV e Internet) o la recomendación de amigos o familiares que han tenido experiencias similares, como preponderantes. Como se puede observar los medios de comunicación son el vehículo más importante a través del cual los jóvenes se informan sobre la oferta académica, también Internet es una de las fuentes principales de acceso a la información.

En este contexto que se presenta, a primera vista, como de gran diversidad, podemos encontrar que los estudiantes (más allá de su origen geográfico y cultural) tienen numerosas cuestiones que los acercan. Por ejemplo el pertenecer a un mismo segmento etario y compartir los gustos y consumos, el acceder a los medios masivos de comunicación (como la TV e Internet) en un proceso de mundialización de la información, el compartir gustos y consumos relacionados con la moda y la tecnología, son algunas de las prácticas que tienen en común, en este mundo donde las barreras nacionales están cada vez más diluidas en lo que se refiere a consumo de bienes y servicios.

Sin embargo, se puede observar que lo que diferencia a estos jóvenes, de origen geográfico heterogéneo, tiene que ver con los modos a través de los cuales se apropian de la cultura, que está dado en alguna medida por el origen, por las estructuras de apreciación del mundo que han adquirido durante su vida y a través de su educación, tanto en el seno de la familia como en sus relaciones sociales. Estas estructuras de apreciación del mundo son construidas por los entornos de donde proceden pero a su vez son dinámicas, esto es, pueden cambiar en la práctica social, no están dadas de una vez y para siempre.

En esta realidad cada vez más internacionalizada es que resulta importante tener en cuenta la diversidad lingüística en el aula. Con esto no queremos decir que antes no la hubiera, todo lo contrario, existía pero era de otro carácter.

Al comienzo del trabajo hablamos del concepto de *habitus lingüístico*, el mismo se puede definir como una cierta "propensión a hablar y decir determinadas cosas (interés expresivo) y una cierta capacidad de hablar definida a la vez como capacidad lingüística de infinita creación de discursos gramaticalmente semejantes y como capacidad social que permite utilizar adecuadamente esta competencia en una determinada situación" (Bourdieu, 1985, p. 12).

En este contexto, abordamos las relaciones de comunicación en tanto relaciones de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza entre los locutores y los distintos grupos (Bourdieu, 1985, p. 11). El poder simbólico, como enseña Pierre Bourdieu, está fundado en dos condiciones: por ser un discurso performativo, debe estar fundado sobre la posesión de un *capital* simbólico¹ y debe tener una *eficacia* simbólica que depende del grado en que la visión propuesta está fundada en la rea-

lidad. Desde esta perspectiva, la problemática de los enunciados preformativos se pone en evidencia cuando se observan como un caso particular de los efectos de nominación simbólica, que tiene lugar en todo intercambio lingüístico. En las propias palabras del autor: “La relación de fuerzas lingüística no se define nunca exclusivamente por la relación entre las competencias lingüísticas en presencia. Y el peso de los diferentes agentes ² depende de su capital simbólico, es decir, del *reconocimiento*, institucionalizado o no, que se obtiene de un grupo: la imposición simbólica –una especie de eficacia mágica que pretende ejercer no ya la orden o la consigna, sino también el discurso ritual, la simple comunicación, la amenaza o el insulto- sólo puede funcionar en tanto se reúnan condiciones sociales absolutamente exteriores a la lógica propiamente lingüística del discurso” (Bourdieu, 1985, p. 46). Las relaciones de comunicación expresan o ponen en evidencia cuestiones que tienen un origen extra-discursivo, más allá que en la relación discursiva se reproduzcan o refuercen.

Cuando estamos hablando de comunicación, como en este caso, es muy importante dar cuenta de la noción de código. Para poder establecer relaciones de comunicación que sean efectivas es necesario compartir con la comunidad de hablantes el código, aunque sea en forma parcial. Podemos indicar que ese código “común en todo o en parte” para emisor y receptor (que postulaba Roman Jakobson) es algo muy complejo porque: a) la estructura social hace que diferentes sectores de hablantes posean diferentes extensiones de código; b) la correspondencia entre significantes y significados no es idéntica para todos los hablantes; y c) porque la competencia lingüística para codificar es en sí diferente de la competencia para decodificar y, además, ambas se cruzan con componentes cognitivos y situacionales, que pueden sumar nuevas divergencias entre el emisor que produce el mensaje y el receptor que lo interpreta (Castellani, 1997, p. 96).

Lo que importa es “destacar que todo texto se decodifica junto con el contexto (en el sentido de extratexto) que lo contiene y que signos textuales y contextuales se iluminan unos a otros, más que sumar una serie de gramáticas a los procesos de codificación y decodificación” (Castellani, Op. Cit., 1997, p. 96). Siguiendo con el planteo de la autora antes citada el contexto puede ser definido como el momento común del tiempo histórico, donde coexisten determinados objetos y sujetos (que comprenden situaciones de orden más global); hay que distinguirlo de las circunstancias de enunciación, que comprenden los ámbitos más restringidos el lugar donde la comunicación se produce (por ejemplo el aula de una facultad con todas las características que pueda presentar); por otro lado tenemos la parte del contexto que está dentro del mensaje y forma parte de su contenido: ese es el objeto (el tema que se está desarrollando) (Castellani, Op. Cit., 1997).

El habitus lingüístico

Para dar cuenta de la problemática planteada en este trabajo vamos a recurrir, en primera instancia, a algunas categorías del sociólogo Pierre Bourdieu que pueden colaborar con la construcción de un marco conceptual del trabajo. El autor antes mencionado considera al espacio social como definido por la exclusión o distinción de las posiciones que lo constituyen, como estructura de yuxtaposición de posiciones sociales constituido por campos diferenciados que tienen una autonomía relativa (Bourdieu, 1997, p. 178).

Los campos pueden ser definidos como espacios estructurados de posiciones, cuyas propiedades dependen de su posición en dichos espacios, pueden analizarse independientemente de las características de sus ocupantes y tienen sus propias leyes generales (Bourdieu, 1984, p. 135). En los campos se encuentran luchas entre los agentes que desean ingresar en él y quienes detentan su dominio y tratan de

defender el monopolio, o sea entre los novatos y los que intentan preservar su posición ya ganada.

El campo no es una estructura estática sino todo lo contrario, se constituye como una red de relaciones objetivas entre posiciones, las que se definen en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, por su situación actual o potencial en la estructura de la distribución de diferentes especies de poder y por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 64).

Desde este enfoque es que se realiza una analogía entre las luchas que se producen al interior del campo y la lógica del juego, así se incorpora la idea de la *apuesta*. La misma es concebida como el resultado de la competencia entre distintos jugadores, como la inclinación y aptitud de participar en el juego; por otro lado también encontramos al concepto de *illusio*, que se refiere al hecho de estar atrapado en el juego (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 80). Además cada campo define una forma de interés específico, una *illusio* específica como reconocimiento tácito del valor de las apuestas en el juego y como dominio de las reglas del mismo (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 80).

Lo que define la estructura del campo es el estado de las relaciones de fuerza que se dan en su interior. Las estrategias de cada “jugador” no sólo dependen del volumen y la estructura del capital en un momento determinado, sino de la *evolución en el tiempo* del volumen y la estructura de su capital, esto es, de su trayectoria social y de las disposiciones que son constituidas en la relación con ciertas estructuras objetivas (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 66). El campo y sus límites no pueden definirse *a priori*, sino a través de una investigación empírica, así los límites del campo se encuentran en el punto en el que terminan los “efectos del campo”. En cada situación estos efectos son cambiantes, así que es necesario dar cuenta de la especificidad que adquiere en cada caso.

Podemos decir que, en tanto el campo se constituye como una red de relaciones, de fuerzas contrapuestas que se oponen en una lucha por la legitimación de sus posiciones, también es un espacio de confrontación por la conservación o la subversión de sus principios. Aquí radicaría el principio de transformación en el concepto de campo, en tanto los agentes que hegemonizan el campo luchan contra los novatos por la apropiación de la legitimidad y por detentar la voz autorizada. En este concepto se puede observar cómo se articulan por un lado la cuestión de la estructura como condicionante de las prácticas sociales y por otro como la misma práctica puede contribuir a la transformación de esta misma estructura.

Aquí se puede incorporar el concepto de *habitus*, ya que para que un campo funcione debe haber algo en juego y gente que esté dispuesta a jugar por ello, dotada de un *habitus* que implica un conocimiento sobre lo que está en juego y de las reglas (tanto para subvertirlas como para legitimarlas). En cada campo hay determinados capitales específicos que hacen que los agentes ocupen posiciones distintivas. Se pueden distinguir dos estrategias que se pueden llevar a cabo en el campo de acuerdo al capital detentado, por un lado están las estrategias de conservación, que aquellos que tienen el capital legitimado en un determinado campo (político, económico, académico, etc.) utilizan para conservar poder. Y por otro las estrategias de subversión, llevadas a cabo por los novatos, que quieren ingresar en el campo y disponen de menor capital específico.

Quienes forman parte de un campo tienden a reproducir las prácticas que en él se generan, tanto desde las estrategias de legitimación como de subversión. Porque legitiman lo que está en juego en esa lucha. Hay algo en lo que acuerdan esto es el objeto de lucha.

El campo científico o intelectual, como espacio de relaciones de fuerza que se le imponen a todos sus ocupantes reviste una forma particular: “tienen en efecto por principio una especie muy particular de capital, que es a la vez el instrumento y la apuesta de las luchas de competencia en el seno del

campo, a saber el capital simbólico como capital de reconocimiento o de consagración, institucionalizadas o no, que los diferentes agentes o instituciones pudieron acumular en el curso de sus luchas anteriores, al precio de un trabajo y de estrategias específicas” (Bourdieu, 1993, p. 144).

En esta instancia se retomará el concepto de *habitus*, para dar cuenta de su importancia en la teoría de los campos.

Como bien indica Bourdieu en el análisis de la realidad social debe tenerse en cuenta que ésta construcción no opera en el vacío, sino que está sometida a coacciones estructurales; que las estructuras estructurantes están socialmente estructuradas (ya que tienen una génesis social) y que la construcción de la realidad social no es solamente una empresa individual, puede volverse una empresa colectiva (Bourdieu, 1993, p. 134). En este sentido las representaciones de los agentes varían de acuerdo a sus posiciones en el campo y según sus *habitus* “(...) como sistema de esquemas de percepción y de apreciación, como estructuras cognitivas y evaluativas que adquieren a través de la experiencia duradera de una posición en el mundo social.”

La incorporación de las estructuras del mundo que opera en las estructuras cognitivas del agente producen una “naturalización” del contexto que lo circunda, el agente comprende este mundo porque ha incorporado sus estructuras. Bourdieu, expresa que “(...) la función de la noción de *habitus*, que restituye a la gente un poder generador y unificador, elaborador y clasificador, y le recuerda al mismo tiempo que esa capacidad de elaborar la realidad social, a su vez socialmente elaborada, no es la de un sujeto trascendente, sino la de un cuerpo socializado, que invierte en la práctica de los principios organizadores socialmente elaborados y adquiridos en el decurso de una experiencia social situada y fechada.” (Bourdieu, 1997, p. 181). Así, el *habitus* es histórico y puede cambiar en función de nuevas experiencias de los agentes sociales, pero tiene condicionamientos estructurales.

El *habitus* es a la vez un “(...) sistema de esquemas de producción de prácticas y un sistema de esquemas de percepción y apreciación de las prácticas.” (Bourdieu, 1993, p. 134). Es a través de estas dos operaciones que se pone en evidencia la posición social en la cual se ha construido el *habitus*. El *habitus* actúa en la construcción de esquemas de percepción del lugar que ocupa el agente en el espacio social (en los campos en los que interviene) y como estructura clasificatoria de los demás (en términos de un *sense of ones' place* y de un *sense of other's place*).

La percepción que tienen los agentes del mundo está condicionada o construida a partir de su posición en el espacio social. El *habitus* es el principio que guía esa construcción del gusto, y las prácticas generan diferencias entre los agentes que funcionan como signos distintivos. En sus propios términos “(...) a través de la distribución de las propiedades, el mundo social se presenta, objetivamente, como un sistema simbólico que está organizado según la lógica de la diferencia, de la distancia diferencial.” (Bourdieu, 1993, p. 136).

La percepción del mundo está dada por una doble estructuración: por el lado objetivo, está socialmente estructurada y desde el punto subjetivo, está estructurada por los esquemas de percepción y apreciación. Estas dos esferas compiten para producir el sentido común (Bourdieu, 1993, p. 136).

En tanto el *habitus* se constituye en la interiorización de la exterioridad y en la exteriorización de la interioridad, las disposiciones son la exteriorización del *habitus*. En este sentido se puede indicar que las disposiciones que adquiere el agente en su posición en el campo expresan una adaptación a esa posición y estas disposiciones se traducen en lo que Bourdieu (citando a Goffman) denomina *sense of one's place*. Así, la timidez y la arrogancia, serían algunas de las estrategias que, consciente o inconscientemente, el agente pone en juego para marcar las distancias. El *habitus* está inscrito en el cuerpo, en el lenguaje, y las diferencias también se expresan en las distancias (físicas o simbólicas) en-

tre los agentes, en la constitución del gusto, en los consumos y en los grupos de afinidad, estas distancias se naturalizan en la cotidianidad. Es a través del *sentido práctico* como el agente actúa en forma “correcta”, adecuada a la estructura del campo, sin plantearse de manera explícita un “deber ser”.

Las luchas por la legitimación de los modos de percepción del mundo, desde esta perspectiva, se deben a que el paso de lo implícito a lo explícito no es automático y a que las diferencias objetivas más pronunciadas pueden estar ocultas por diferencias más directamente visibles (Bourdieu, 1984, p. 291). Así es que existe diferencia socialmente reconocida para un sujeto cuando la percibe como significante, cuando tiene una inclinación hacia hacer las diferencias. En este sentido, el agente acepta las reglas del juego de la diferencia y a través de las disposiciones exterioriza su *habitus*. La búsqueda de distinción puede, asimismo, ser consciente o inconsciente; el autor indica que la búsqueda de distinción puede ser su negación, porque encierra el reconocimiento de una carencia y la confesión de una aspiración interesada, y porque, la conciencia y la reflexividad son a la vez causa y síntoma del defecto de adaptación inmediata a la situación que define al virtuoso (Bourdieu, 1993, p. 24). Las estrategias de condescendencia, que apuntan a velar estas diferencias, en realidad las dejan en evidencia, las ponen sobre un lugar de preponderancia. Bourdieu dice que las estrategias de condescendencia consisten en “*beneficiarse* de una relación de fuerzas objetiva entre las lenguas que en la práctica se enfrentan (...) en el acto mismo de negar simbólicamente esa relación, es decir, la jerarquía entre esas lenguas y quienes las hablan” (Bourdieu, 1985, p. 42).

Así, el mundo que está organizado por la lógica de la diferencia se constituye en un *sistema simbólico*, la diferencia se establece como distinción significante, “El espacio social y las diferencias que en él se trazan “espontáneamente” tienden a funcionar simbólicamente como *espacio de los estilos de vida* o como un conjunto de *Stände*, de grupos caracterizados por estilos de vida diferentes.” (Bourdieu, 1984, p. 292). Esta distinción puede ser buscada explícitamente o no, todos los consumos y las prácticas implican una marca distintiva, haya sido buscada o no esa marca de diferencia.

Se puede definir a la distinción como “(...) la diferencia inscrita en la propia estructura del espacio social cuando se le percibe conforme a categorías acordadas por esta estructura.” (Bourdieu, 1984, p. 293). Retoma de esta manera la categoría de *stand* de Weber para oponerla a la de clase marxista.

Las luchas por la imposición de sentidos

Teniendo en cuenta lo antes expuesto, se abordará en esta instancia la construcción de las luchas simbólicas en el espacio social y cómo éstas implican una lucha por legitimar una visión del mundo.

Siguiendo con la línea argumentativa que se viene planteando, se puede definir al capital simbólico como el capital que es percibido por los agentes como legítimo, a partir de la incorporación de las estructuras sociales, de un *habitus* de clase. En este sentido los agentes se apropian de un discurso legítimo, reproducen la estructura del campo y luchan por la legitimación de una visión del mundo (tanto desde las estrategias de subversión como desde las de legitimación), accediendo a posiciones distintivas de acuerdo al capital específico que poseen. Los agentes buscan visibilidad en el campo, en términos de Bourdieu: “En la lucha por la imposición de la visión legítima del mundo social, una lucha en la que la propia ciencia se ve inevitablemente comprometida, los agentes poseen un poder proporcional a su capital simbólico, es decir, al reconocimiento que reciben de un grupo” (Bourdieu, 1984, p. 293). La autoridad en el campo se funda en la performance del agente, en términos de “*eficacia performativa*”.

La legitimación del orden social resulta del proceso por el cual el agente aplica a las estructuras

objetivas del mundo social estructuras de percepción y de apreciación que salen de esas estructuras objetivas y tienden por eso mismo a percibir el mundo como evidente (Bourdieu, 1993, p. 138).

La lucha por la construcción del sentido también se constituye en una confrontación por el monopolio de la nominación legítima, en este sentido el autor señala que el Estado es la institución que monopoliza el *poder de nominación*, a través del *monopolio de la violencia simbólica legítima* (acto de imposición simbólica que está legitimado a nivel social). Bourdieu ejemplifica esto con el poder simbólico que detentan los títulos (tanto académicos como nobiliarios), que están legitimados por el sistema (representado por el Estado) y son un capital simbólico institucionalizado. El detentar determinado título (que opera en el campo como un capital específico) que está legitimado en el espacio social, ubica al agente en una posición distintiva, o en condición de posibilidad de luchar por una posición legítima en el campo. El poner por delante del nombre el título representa para el agente un verdadero título de propiedad simbólica, que da un derecho de reconocimiento social. Este capital tiene un valor universal en todos los mercados y se constituye en inalienable, en todas las circunstancias se puede apelar a él.

Aquí se llega a las luchas para legitimar las propias visiones del mundo y cómo esto genera un poder distintivo para producir algún cambio en las miradas sobre el espacio social. En este tópico Bourdieu señala que “Para cambiar el mundo, es necesario cambiar las maneras de hacer el mundo, es decir la visión del mundo y las operaciones prácticas por las cuales los grupos son producidos y reproducidos.” (Bourdieu, 1993, p. 140).

Retirar el velo del sentido común

Como ya señalamos antes, cuando abordamos las situaciones áulicas en la universidad nos encontramos con sujetos cuyos habitus lingüísticos son diferentes. Hay que advertir que el habitus lingüístico no es solo una competencia, sino que es producto de las condiciones sociales, es producción de un discurso que se ajusta a una “situación”, a un mercado, a un campo (Bourdieu, 1984, p. 143 - 44). En una misma circunstancia de enunciación podemos ver que hay diferentes formas de construcción de sentido sobre la realidad, esto tiene que ver con la historia de cada sujeto y con las estructuras de apreciación que se tiene sobre el mundo. Esta diferencia más que ser un obstáculo tiene que ser un factor que enriquece a la comunicación, produce una yuxtaposición de voces y de miradas sobre la realidad que se está abordando, construyendo como objeto de la comunicación.

En circunstancias de enunciación, como el aula, en las que se comparten (parcialmente) los códigos lingüísticos, es necesario evaluar los capitales lingüísticos de los hablantes para poder establecer una comunicación eficaz. Para plantear un diagnóstico sobre los conocimientos previos de los estudiantes, éste tendría que dar cuenta de cuáles son algunas de las herramientas conceptuales con las que contamos como base para futuros aprendizajes.

En este contexto, vale recordar que la construcción de conocimiento científico es histórica, se produce en un momento dado y en un determinado campo. Una de las funciones de la formación académica es la de contribuir a desnaturalizar o cuestionar gran parte de los supuestos del *sentido común*, para así construir una visión crítica de los discursos y sucesos que nos rodean y de las prácticas en las que participamos. La adquisición de herramientas teóricas y metodológicas es primordial, ya que confiere mecanismos de reflexión para poder producir una visión crítica sobre la propia realidad y a su vez amplía el horizonte desde el cual el mundo es conceptualizado. Una preparación sólida en el campo conceptual y en la investigación contribuye a la reflexividad, tanto en el campo académico

como en el laboral. En relación con esto una cuestión oportuna sería indagar cuáles son los discursos hegemónicos que circulan y se legitiman cotidianamente en el ámbito académico.

Evidenciar desde dónde estamos construyendo el conocimiento acerca de la realidad nos permite "(...) estar advertidos acerca de la necesidad de una *permanente reflexividad crítica de objetivación y auto-objetivación del proceso en el que nos implicamos*, a fin de buscar coherencia entre las distintas resoluciones teóricas metodológicas que vamos generando. Y a la vez, inscribir los conocimientos en los contextos sociohistóricos en los que nos toca vivir" (Achilli, 2000, p. 43).

Es a partir del momento en que ponemos en duda algunos de nuestros presupuestos, que podemos iniciar un proceso de aprendizaje y de investigación. "Construir un objeto científico significa, primero y ante todo, romper con el sentido común, es decir, con las representaciones compartidas por todos, trátase de simples lugares comunes de la existencia ordinaria o de representaciones oficiales, a menudo inscritas en instituciones y, por ende, tanto en la objetividad de las organizaciones sociales como en los cerebros. Lo preconstruido se encuentra en todas partes" (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 177).

Bourdieu, Chamboredon y Passeron (1973) consideran que las prenociones se constituyen en un *obstáculo epistemológico* para la construcción del conocimiento científico, sobre todo en el caso de las ciencias humanas en las que la distancia entre opinión común y discurso científico es más imprecisa que en otras disciplinas. Cuando la lectura de los procesos sociales está velada por las ideas y prejuicios del observador se hace imposible construir conocimiento sistemático y confiable. Desde la visión de los autores antes citados: "(...) La familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia para el sociólogo, porque produce continuamente concepciones o sistematizaciones ficticias, al mismo tiempo que sus condiciones de credibilidad" (Op. Cit., 1973, p. 27).

En esta oportunidad se plantea el dilema que gira alrededor de cuál es el rol que ocupa el investigador en este proceso y hallamos diversos puntos de tensión entre los conceptos de objetividad y subjetividad en relación al trabajo de estudio de la realidad. Siguiendo a los autores antes mencionados, podemos señalar que al momento de abordar el análisis de lo social hay que superar el debate entre objetivismo-subjetivismo, estos dos momentos se encuentran en una relación dialéctica porque: "(...) las estructuras objetivas que construye el sociólogo en el momento objetivista, al apartar las representaciones objetivas de los agentes, son el fundamento de las representaciones subjetivas y constituyen las coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones; pero, por otro lado, esas representaciones también deben ser consideradas si se quiere dar cuenta especialmente de las luchas cotidianas, individuales o colectivas, que tienden a transformar o a conservar esas estructuras." (Bourdieu, 1993, p. 129). Aisladamente, cualquiera de las dos posturas daría una visión sesgada de los procesos sociales ya que la separación entre estructuras y representaciones es considerada desde esta visión como artificial.

Bourdieu recurre a una fórmula pascaliana para exponer esto: "(...) por el espacio, el universo me comprende y me absorbe como un punto; por el pensamiento yo lo comprendo" (Bourdieu, 1997). Se conoce al mundo porque se está inserto en él y porque él abarca al sujeto que lo comprende, aquí se integra la noción de *disposición*, en tanto el agente incorpora las estructuras sociales en forma de estructuras de disposiciones.

El concepto de *sentido práctico*, definido como orientación cognitiva, espacial y temporal más o menos adecuada a la posición en el espacio social, sería la superación de esta dicotomía entre objetivismo y subjetivismo. "La disyuntiva de la física (el objetivismo) y la fenomenología sociales sólo puede ser superada si uno se sitúa en el inicio de la relación dialéctica que se establece entre las regularidades del universo material de las propiedades y los principios clasificadores del *habitus*;

ese producto de las regularidades del mundo social para el cual y por el cual existe el mundo social.” (Bourdieu, 1991, p. 235).

Como ya dijimos, el *habitus* no está dado de una vez y para siempre, sino que es a través del *sentido práctico* y de las *disposiciones* como pueden cambiar las posiciones del agente, en el contexto de lucha por la legitimación de posiciones. Más allá de esto, el autor hace énfasis en la reproducción de las estructuras sociales y en las de instituciones que las construyen y refuerzan (desde las prácticas cotidianas), como por ejemplo las instituciones educativas. Así, el *habitus* como “*estructuras estructurantes que tienden a estructurar*”, reproduce las estructuras sociales y en tanto se constituye en la práctica es dinámico, o sea susceptible de cambios.

La incorporación de las estructuras del mundo que opera en las estructuras cognitivas del agente producen una “naturalización” del contexto en el que vive, el agente comprende este mundo porque ha incorporado sus estructuras.

Como ya dijimos los esquemas de percepción y de diferencias que componen al concepto de *habitus* se pueden convertir en *obstáculos epistemológicos* en nuestro trabajo de aprendizaje y de investigación. Así, la influencia de las nociones del sentido común se presenta con una fuerza tal que todas las *técnicas de objetivación* deben ser aplicadas en forma efectiva para realizar una ruptura (*Op. Cit.*, 1973, p. 28).

El “descubrimiento” científico no se reduce a la simple lectura de lo real, ya que esta suponiendo una *ruptura* con lo real (*Op. Cit.*, 1973, p.29). El trabajo de desmitificación de la espontaneidad del hallazgo científico es central, la ilusión del descubrimiento azaroso circula socialmente y está legitimado por los *mitos fundacionales* de la ciencia.

En este marco se hace necesaria la reflexión sobre la opacidad de las relaciones sociales y de la realidad que intentamos abordar. Las categorías con las que percibimos al mundo son construidas y tienen una intencionalidad; este es un principio que hay que trabajar en forma continua con los estudiantes.

El principio de *vigilancia epistemológica* supone poner en evidencia los presupuestos de quien ocupa el rol de investigador, para intentar evitar que estas nociones del sentido común oscurezcan nuestro abordaje de la realidad (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1973).

En relación con esto Bourdieu propone “Objetivar al sujeto objetivante, objetivar el punto de vista objetivamente, es una cosa que se practica corrientemente, pero se lo hace de una manera aparentemente muy radical y en realidad muy superficial. Cuando se dice ‘el sociólogo está inserto en la historia’ se piensa inmediatamente en ‘sociólogo burgués’. (...) Se olvida que es necesario todavía objetivar su posición en ese subuniverso, donde están comprometidos los intereses específicos, que es el universo de la producción cultural” (Bourdieu, 1993, p. 98).

Cuando observamos el mundo social incorporamos en nuestra percepción la idea de que para hablar de él debemos salirnos, retirarnos, debemos objetivarlo. “El sesgo que se puede llamar teoricista o intelectualista consiste en olvidarse de inscribir, en la teoría que se hace del mundo social, el hecho de ella es el producto de una mirada teórica. Para hacer una ciencia justa del mundo social, es necesario a la vez producir una teoría (construir modelos, etc.) e introducir en la teoría final una teoría de la diferencia entre la teoría y la práctica” (*Op. Cit.*, 1993, p. 99).

En esta instancia nos encontramos en un dilema que está dado por el hecho de que por un lado no debemos confiarnos de lo “dado”, debemos “retirarnos” del mundo social para construir la *otredad* respecto de las prácticas que analizamos y por otro lado no debemos caer en el *sesgo teoricista*. Podríamos decir que en este es un punto de tensión que no debemos perder de vista en la práctica investigativa.

Palabras finales

A modo de cierre se pueden esbozar algunas consideraciones, que no intentan ser conclusiones sobre los tópicos abordados, sino todo lo contrario, pretenden ser el punto de partida de nuevos interrogantes y planteos.

- En primera instancia podemos parafrasear una sentencia que puede ser muy ilustrativa: “los límites de mi mundo están dados por mi vocabulario”; en este sentido es que la riqueza en el uso de terminología, de sinónimos, de metáforas, de imágenes retóricas, de recursos textuales y paratextuales ponen en evidencia tanto la capacidad intelectual y conceptual como la creativa de los sujetos. Es en este sentido que debemos trabajar en la formación de profesionales que obtengan capitales suficientemente legítimos como para poder competir en sus campos de aplicación. La forma de presentación del actor público (en términos de Goffman) es fundamental a la hora de incorporarse al mercado académico y laboral: qué decimos, cómo lo hacemos, qué términos utilizamos, no es un tópico menor, todo lo contrario la adecuación al contexto es fundamental. El uso del vocabulario y la capacidad para expresar claramente las ideas dan parte de la formación general del profesional.

- La reflexión teórica es esencial en este proceso de construcción de conocimiento, que debería partir del cuestionamiento de las nociones del sentido común. Como ya dijimos antes es necesario estar advertidos acerca de la necesidad de una *permanente reflexividad crítica de objetivación y auto-objetivación del proceso en el que nos implicamos*, para así buscar coherencia entre las distintas resoluciones teóricas y metodológicas que vamos generando en el proceso de conocimiento sobre la realidad.

- Es a través del proceso de *vigilancia epistemológica* como podemos evidenciar en forma continua cuáles son nuestras ideas previas sobre la realidad que naturalizamos. Este proceso no se presenta *a priori* sino que es el producto de un trabajo cotidiano y sistemático, así es que la puesta en duda de algunos presupuestos puede ser tanto un punto de llegada o de partida.

- A partir de la construcción de una mirada crítica sobre la realidad, anclada en la incorporación de herramientas teóricas, es que podemos contribuir a que las diferencias (del tipo que fueran) sean parte del proceso de aprendizaje.

Notas

¹ Se puede definir al capital simbólico como el capital que es percibido por los agentes como legítimo, a partir de la incorporación de las estructuras sociales, de un *habitus* de clase. En este sentido los agentes se apropian de un discurso legítimo, reproducen la estructura del campo y luchan por la legitimación de una visión del mundo (tanto desde las estrategias de subversión como desde las de legitimación), accediendo a posiciones distintivas de acuerdo al capital específico que poseen.

² Desde esta perspectiva el concepto de agente no se refiere a un simple epifenómeno de la estructura (Bourdieu, 1993, p. 22) sino que compromete, en sus prácticas, los principios incorporados de un *habitus* generador de disposiciones adquiridas en la práctica históricamente situada.

Referencias Bibliográficas

- Achilli, E. (2000). *Investigar en antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Laborde Libros.
- Bourdieu, P. (1997). *Meditaciones Pascalianas*. México: Grijalbo.
- (1993). *Cosas dichas por Pierre Bourdieu*. Barcelona: Gedisa.
- (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- (1988). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- (1984). *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. y Wacquard, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (1973). *El Oficio de Sociólogo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Castellani, D. (1997). *Lengua, mente y discurso. Aproximaciones críticas al estudio del lenguaje*. Olavarría: FACSO-UNICEN.

Summary: This work aims to approach the construction of relations of communication in the classroom environment, conceiving them like instances in which relations between diverse subjects are established. At present, the context in the Argentine university reveals that the composition of groups has become increasingly internationalized. This situation leads so much to a diversification in the use of the language, like the production of “specific noises” in communication. This diversification becomes evident now, in the use and appropriation of Spanish language by foreign students, whether Spanish-speakers or not. The work starts from the consideration of the acts of language from the point of view of Pierre Bourdieu (1985) who consider them like an action, an encounter of independent causal series: on the one hand the dispositions of linguistic habitus and a certain capacity to speak defined like linguistic capacity and social capacity; by another one the structures of the linguistic market that are imposed to the subject as a system of sanctions. In addition, it becomes interesting the analysis of the joint between subjects with different linguistic habits in learning situations.

Key words: communication relations - diversification in the use of the language - linguistic *habitus*

Resumo: Este trabalho tem como objetivo abordar a construção de relações de comunicação em contextos áulicos, concebendo estes últimos como instâncias nas que se estabelecem relações entre sujeitos diversos. O sala de aula se constitui num palco no que se articula a diferença, que por momentos é ocultada ou evidenciada. Atualmente está se vivendo na universidade argentina um contexto no que está internacionalizando-se cada vez mais a composição dos grupos, esta situação conduz tanto a uma diversificação no uso da língua, como à produção de “ruídos” específicos na comunicação. A grande variedade se faz evidente, agora, no uso e apropriação do espanhol por parte de estudantes estrangeiros, tanto hispanoparlantes como de outras línguas. Parte-se de considerar aos atos de palavra desde a perspectiva de Pierre Bourdieu (1985) como uma ação, um encontro de séries causais independentes: por um lado as disposições do habitus lingüístico e uma verdadeira capacidade de falar definida como capacidade lingüística e como capacidade social, por outro as estruturas do mercado lingüístico que se lhe impoem ao sujeito como um sistema de sanções. Interessa analisar a articulação entre sujeitos com diferentes habitus lingüísticos nas situações de aprendizagem.

Palavras chave: diversificação no uso da língua - habitus lingüístico - relações de comunicação.

(*) Doctora en Antropología (Facultad de Filosofía y Letras / UBA). Magister en Ciencia Política y Sociología (FLACSO). Licenciada en Comunicación Social (FACSO / UNICEN). Profesora en Comunicación Social (FACSO / UNICEN). Se desempeña actualmente como docente/ investigadora en el nivel universitario.